

LA REGULACIÓN JURÍDICA DEL EVERGETISMO EDILICIO DURANTE EL ALTO IMPERIO

ENRIQUE MELCHOR GIL
Universidad de Córdoba

RESUMEN

En este trabajo recogemos y analizamos las normas jurídicas que afectaron a las donaciones de edificios y obras públicas durante el Alto Imperio, referentes a la necesidad de pedir permiso al emperador para realizar determinadas construcciones cívicas, a la obligación de indicar el nombre de los evergetas en las obras que éstos financiaron y a la regulación de legados y *pollicitationes* para así lograr su cumplimiento. Su contraste con las fuentes literarias y epigráficas nos permite constatar su conocimiento y aplicación por parte de ciudades y evergetas, así como rastrear el mantenimiento de una tradición jurídica que, al menos, se remonta a inicios del Imperio.

ABSTRACT

In this study we compile and analyse the juridical regulations that affected the donation of buildings and public works during the Early Roman Period. We refer to the need to request the emperor's permission for the erection of certain civic building, the obligation to indicate the name of the evergetists on the works they financed and the regulation of the bequest and pollicitations in order to ensure they were complied the contrast with the literary and epigraphic sources allows us to corroborate the knowledge and application of them on the part of towns and evergetists, as well as to trace the survival of a juridical tradition that goes back to at least the beginning of the Empire.

Palabras clave: Evergetismo, Derecho Romano, construcción pública, legados, *pollicitationes*.

Keywords: *Evergetism, Roman law, public building, bequests, pollicitations.*

Las normas jurídicas que regularon las donaciones de edificios y obras públicas en época altoimperial no son muy abundantes y aparecen recogidas fundamentalmente en el *Digesto*, aunque éstas se pueden complementar con la información proporcionada por el *Codex Justinianus*, y contrastar con los datos aportados por la documentación epigráfica, así como por algunos autores clásicos, lo que nos permitirá conocer cómo estas disposiciones legales repercutieron en las prácticas munificentes desarrolladas por las élites locales del Imperio.

Al desarrollar nuestro trabajo, intentaremos analizar las causas que pudieron

llevar a los emperadores a regular aspectos concretos de la actividad evergética edilicia, o cómo la legislación existente repercutió en la práctica munificente de los notables locales, orientándola, estimulándola y condicionándola. Igualmente, abordaremos cómo las disposiciones legales incidieron en el funcionamiento administrativo y financiero de las ciudades, ya que las normas emanadas del poder central no sólo permitieron a las comunidades defender sus intereses y exigir por vía judicial el cumplimiento de promesas realizadas, sino que también las obligaron a respetar la voluntad de los evergetas.

La legislación existente en materia de obras públicas y evergetismo se centra en varios aspectos concretos que preocuparon especialmente al legislador y que pasaremos a analizar.

Autorización del Emperador para realizar determinadas obras

En principio, como señala el *Digesto*, todo particular podía hacer una obra nueva incluso sin la autorización del príncipe, salvo que la hiciese por emulación con otra ciudad, cuando el proyecto pudiera causar una sedición, o en el caso de que la obra fuese un circo, un teatro o un anfiteatro¹. La referencia a obras públicas que pudieran originar una sedición parece aludir a la construcción de murallas, pues para poder realizar o reparar cualquier fortificación se necesitó un permiso imperial², como nos lo confirma un rescripto de Marco Aurelio, donde se señalaba que era necesario consultar al emperador sobre cualquier obra que se hiciera en los muros y puertas de las ciudades o en el caso de que se levantasen murallas³. Tanto esta norma, como la que intentaba frenar la competencia edilicia entre ciudades (*vid. infra*), tienen una lógica explicación; no obstante, la restricción impuesta a los evergetas en materia de construcción de edificios de espectáculos no deja de causar cierta sorpresa. Desconocemos los motivos concretos por los que era necesario solicitar la autorización del príncipe para levantar un teatro, anfiteatro o circo, ya que este permiso no era requerido para construir cualquier otro tipo de obra pública, con la excepción de las forti-

1. *Dig.*, L, 10, 3, pr. (Macer, *Lib. II de officio praesidis*, época de Caracalla). *Opus novum privato etiam sine principis auctoritate facere licet, praeterquam si ad aemulationem alterius civitatis pertineat vel materiam seditionis praebeat vel circum theatrum vel amphitheatrum sit.*

2. Ya desde época Republicana, el senado debió intentar controlar estas actividades edilicias, dado que las fortificaciones podían ser empleadas para oponer resistencia a Roma. Recordemos que las guerras celtibéricas del 153-133 a.C. comenzaron cuando la ciudad de Segeda quiso ampliar sus murallas y forzó a otras comunidades más pequeñas a establecerse dentro del recinto amurallado (App. *Iber.*, 44). Al enterarse de que esto estaba ocurriendo, el senado romano prohibió que la muralla fuera levantada y, ante la negativa de los habitantes de Segeda a parar la construcción, declaró la guerra, ordenando al cónsul *Q. Fulvius Nobilior* que marchase sobre la ciudad con sus legiones.

3. *De operibus, quae in muris vel portis vel rebus publicis fiunt, aut si muri exstruantur, divus Marcus rescripsit praesidem aditum consulere principem debere* (*Dig.*, L, 10, 6).

ficaciones. Tal disposición puede relacionarse con la popularidad que reportaba este tipo de obras a quienes las financiaban, pues no debemos olvidar que la política de pan y circo fue utilizada ampliamente como instrumento para ganarse el favor de la plebe urbana, así como para mantener la paz y el orden en Roma y en el resto de las ciudades del Imperio⁴; con la importante carga ideológica y política contenida en estos edificios, estrechamente vinculados al desarrollo del culto imperial y lugares en los que la opinión pública podía manifestarse más libremente; con la gran inversión que suponía afrontar la erección y el mantenimiento de estas obras y, por último, con la existencia de unas medidas de seguridad para construir edificios que podían albergar a miles de personas, lo que exigiría un control del proyecto por parte de las autoridades públicas. Pasemos a analizar todos estos factores que pudieron determinar la necesidad de obtener un permiso imperial para poder edificar un teatro, anfiteatro o circo.

Pensamos que el prestigio y la popularidad que uno o varios evergetas pudieron obtener con la construcción de un edificio de espectáculos no debió ser motivo suficiente como para justificar la exigencia de la autorización imperial, aunque puede comprenderse que el *Princeps* quisiera indagar sobre la personalidad y ambiciones de estos mecenas tan preocupados por obtener fama y prestigio⁵. No obstante, si los emperadores hubieran estado muy preocupados por la popularidad que los evergetas locales pudieran obtener, o que ésta repercutiese en detrimento de la imagen pública de la casa imperial, suponemos que su intervención en la edificación de este tipo de obras hubiera sido mayor a la que tenemos atestiguada⁶, sobre todo si tenemos en cuenta que el mayor cambio en política de edilicia pública, en la Italia altoimperial fue el gran incremento cuantitativo que experimentó la construcción de edificios destinados al

4. Recordemos que, como señala Juvenal (*Sat.*, 10, 78-81), el pueblo sólo pedía dos cosas, pan y circo.

5. Cfr. FUTRELL, A., *Blood in the arena: the spectacle of roman power*, Austin, 2000, p. 124.

6. Como muestra la obra de HORSTER, M., *Bauinschriften römischer Kaiser. Untersuchungen zu inschriftenpraxis und Bautätigkeit in Städten des westlichen Imperium Romanum in der Zeit des Prinzipats*, Stuttgart, 2001, en las ciudades de Italia y del Occidente romano, durante el alto Imperio, la intervención de los emperadores en la construcción y restauración de edificios de espectáculos fue muy limitada, sobre todo si la comparamos con las numerosas actuaciones edilicias que mandaron realizar en otros tipos de obras públicas, como templos, acueductos, termas, calzadas y puentes o murallas. En Italia, los trabajos de JOUFFROY, H., “Le financement des constructions publiques en Italie: initiative municipale, initiative imperiale, evergetisme pure”, *Ktema*, 2, 1977, pp. 331-334; y PATTERSON, J. R., “The emperor and the cities of Italy”, en LOMAS, K. y CORNELL, T., *Bread and circuses. Evergetism and municipal patronage in Roman Italy*, London/New York, 2003, pp. 89-93, confirman la misma idea, que también se atestigua en Oriente, como podemos constatar en MITCHELL, S., “Imperial building in the Eastern Roman provinces”, *HarvStClPhil.*, 91, 1987. pp. 348-363.

7. LOMAS, K., “Public building, urban renewal and evergetism in early Imperial Italy”, en LOMAS, K. y CORNELL, T., *Bread and circuses...*, pp. 33-34. El gran auge en la construcción de edificios de

entretenimiento y al ocio, tales como teatros y anfiteatros⁷.

La potencial amenaza que podían suponer los edificios de espectáculos como lugares de reunión del pueblo, en los que podían generarse tumultos y disturbios, así como críticas de la opinión pública contra los gobernantes, tampoco nos parece un factor fundamental que permita explicar las limitaciones impuestas a quienes quisieran construir un teatro, anfiteatro o circo. Este peligro siempre estuvo latente, como se constata, por ejemplo, en las quejas que la plebe de Roma manifestó en el teatro contra Tiberio, por la carestía del grano (Tac., *Ann.*, VI, 13), o contra los magistrados (Tac., *Ann.*, I, 77, 1), así como en los violentos incidentes desatados en el anfiteatro de Pompeya, en el 59 dC., entre los pompeyanos y sus vecinos de *Nuceria* (Tac., *Ann.*, XIV, 17), pero aparece más vinculado a la celebración de *ludi* que al lugar donde los juegos pudieron tener lugar, ya fuese en un edificio de espectáculos o en un foro acondicionado para presenciar espectáculos públicos.

La vinculación de los edificios de espectáculos a las ceremonias de culto imperial⁸ podría justificar la necesidad de contar con el permiso del príncipe. Es cierto que la norma comentada del *Digesto* no menciona que los evergetas debieran pedir autorización para poder construir edificios sacros en honor de los emperadores divinizados, aunque tal obligación parece deducirse de una epístola de Plinio el Joven, en la que éste informa a Trajano que solicitó permiso a Nerva para trasladar una serie de estatuas imperiales a su ciudad de *Tifernium*

espectáculos que se dio en los siglos I y II dC. ya fue señalado anteriormente y plasmado en diagramas de barras, con valores absolutos sobre cada tipo de obra pública realizada, por JOUFFROY, H., *La construction publique en Italie et dans l'Afrique romaine*. Strasbourg, 1986, pp. 321 y 330.

8. Aunque generalmente se ha resaltado la estrecha relación de los teatros con el desarrollo de complejas ceremonias de culto imperial, los anfiteatros y circos también acogieron actos religiosos celebrados en honor de los emperadores, especialmente aquéllos que fueron levantados en las capitales de provincias, donde se organizaban anualmente grandes fiestas presididas por el flamen provincial. Sobre la función religiosa de los edificios de espectáculos *vid.* LE GLAY, M., "Les amphithéâtres: *loci religiosi* ?", *Spectacula I. Gladiateur et Ampphithéâtres*, Lattes, 1990, pp. 217-227; *IDEM*, "Épigraphie et théâtres", *Spectacula II. Le théâtre antique et ses spectacles*, Lattes, 1992, pp. 215-218; FISHWICK, D., *The Imperial Cult in the Latin West II*, 1, Leiden, 1991, pp. 577-582; GROS, P., "Théâtre et culte impérial en Gaule Narbonnaise et dans la Péninsule Ibérique", *Stadtbild und Ideologie. Die Monumentalisierung hispanischer Städte zwischen Republik und Kaiserzeit*, Madrid, 1987, München, 1990, pp. 381-391; *IDEM*, "La fonction politique des monuments du spectacle dans le monde romain sous le Haut-Empire", en *Ludi romani. Espectáculos en Hispania romana*, Mérida, 2002, pp. 25-40; FUTRELL, A., *Blood in the arena...*, pp. 77-93; MELCHOR, E., "Teatro y evergetismo en la Hispania romana", en MÁRQUEZ, C. y VENTURA, A. (Coord.), *Jornadas sobre teatros romanos en Hispania, Córdoba 2002*, Córdoba, 2006, pp. 73-74; SEAR, F., *Roman Theatres. An architectural Study*, Oxford, 2006, pp. 44-46.

9. *Cum divus pater tuus, domine, et oratione pulcherrima et honestissimo exemplo omnes cives ad munificentiam esset cohortatus, petii ab eo, ut statuas principum, quas in longinquis agris per plures successiones traditas mihi quales acceperam custodiebam, permitteret in municipium transferre adiecta sua statua. Quod quidem ille mihi cum plenissimo testimonio indulserat; ego statim decurionibus scripseram,*

Tiberinum y erigir allí un templo, probablemente dedicado al culto imperial⁹. Por otra parte, debemos señalar que la mayoría de los grandes templos cívicos o provinciales dedicados a la *Domus Divina* fueron levantados por las ciudades y por los *concilia* provinciales¹⁰, previa autorización del emperador y del senado, como nos lo confirman diferentes testimonios, provenientes tanto del Oriente como del Occidente romano, que mencionan la dedicación de los primeros templos a Augusto, Tiberio y Livia o que aluden a intentos fallidos de levantar edificios sacros al mismo Tiberio¹¹. La importancia dada a la construcción de estos edificios de culto imperial explica que ya desde época de Tiberio se pudiese encargar a un gobernador provincial la supervisión de las obras a realizar, como queda atestiguado en el caso de la construcción del templo dedicado en Esmirna a Tiberio y Livia por el *koinon* de Asia. Según nos informa Tácito (*Ann.*, IV, 56, 3), al procónsul de esta provincia se le asignó un legado más encargado de vigilar las obras¹² (*cura templi*). Al igual que ocurrió con los templos, por motivos ideológicos, los emperadores también pudieron querer controlar la realización de las obras civiles, destinadas a la organización de *ludi*, en las que frecuentemente se encontraban espacios sagrados dedicados al culto imperial¹³.

ut assignarent solum in quo templum pecunia mea exstruerem; illi in honorem operis ipsius electionem loci mihi obtulerant (Plinio, *Ep.*, X, 8, 1-2).

Sobre la interpretación que proponemos para este texto, cfr. STAMBAUGH, J. E., "The functions of roman temples", *ANRW*, II, Principat, 16, 1, Berlin, New York, 1978, p. 566.

10. La documentación epigráfica muestra que los evergetas generalmente se limitaron a financiar la construcción de pequeñas capillas erigidas en honor de diferentes miembros de la familia imperial (*CIL* VIII, 993; *CIL* XIV, 2795; *AE* 1938, 43; *AE* 2003, 643; *ILAfr.* 353). Evidentemente pudieron darse algunas excepciones, como el templo a Augusto construido por los *Volusii Saturnini* en *Lucus Feroniae* (*AE* 1983, 399), el dedicado por Plinio en la ciudad de *Tifernum Tiberinum* u otro levantado en *Lacipo* por el pontífice y cuatorviro *Q. Fabius Varus*, como defendió ETIENNE, R., "Culte imperial et architecture a propos d'une inscription de *Lacipo* (Betique)", *ZPE*, 43, 1981, pp. 135-142. En todos estos casos, los evergetas pudieron haber tenido que pedir autorización al emperador, como parece deducirse de la mencionada epístola de Plinio el Joven (*Ep.*, X, 8, 1-2).

11. Suet., *Aug.*, 52, 1 (templos a Augusto); Dion Cassio, *LI*, 20, 7 (templos a Augusto en Pérgamo y Nicomedia); Tac., *Ann.*, I, 78 1 (Tiberio autoriza construcción de templo a Augusto en *Tarraco*); IV, 15, 3 (templo en provincia de Asia a Tiberio y Livia); IV, 37-38 (Tiberio niega permiso a la *Hispania Ulterior* para levantar templo a él mismo y a Livia); IV, 55-56 (el senado de Roma decide la ciudad de Asia en la que se levantaría un templo dedicado a Tiberio y Livia). Cfr. PRICE, S., *Rituals and Power. The Roman Imperial Cult in Asia Minor*, Cambridge, 1984, pp. 71-73; SARTRE, M., *El Oriente romano*, Madrid, 1994, pp. 112-113. TOBALINA, E., "Poder central y poder local. Roma y las ciudades del Imperio durante el siglo I dC.", en RODRÍGUEZ NEILA, J. F. y MELCHOR, E. (eds.), *Poder central y autonomía municipal: la proyección pública de las élites romanas de Occidente*, Córdoba, 2006, pp. 61-63.

12. Cfr. SAQUETE, J. C., "L. Fulcinus Trio, Tiberio y el gran templo de culto imperial de Augusta Emerita", *Epigraphica*, LXVII, 2005, p. 301.

13. Recordemos que en numerosos teatros se han encontrado diferentes espacios sagrados dedicados al culto imperial. Sobre el tema vid. GROS, P., "Théâtre et culte impérial...", pp. 384-387. En *Hispania* podemos destacar el *sacrarium larum et imaginum* situado en el nivel inferior de la *ima cavea* del teatro de Mérida, el *sacellum* del edificio teatral de *Bilbilis* o el templo que debía presidir, desde

Igualmente, las cuestiones económicas y de seguridad debieron ser tenidas en cuenta y contribuirían a explicar mejor las restricciones impuestas a la iniciativa privada en materia de edificación de edificios de espectáculos. Al menos, exigirían que la administración diese el visto bueno a la realización de unas obras destinadas a albergar a gran número de personas y cuyo mantenimiento recaería, finalmente, sobre las haciendas locales. Recordemos la gran desgracia ocurrida en *Fidena*, donde se derrumbó un anfiteatro hecho de madera, quedando mutiladas o aplastadas cincuenta mil personas (Tac., *Ann.*, IV, 62-63, 1). Tácito, al narrarnos los acontecimientos más destacados del 27 dC. iguala este acontecimiento con los desastres ocasionados por las grandes guerras. La catástrofe ocurrida hizo que el senado de Roma tomase medidas, decretando que en lo sucesivo no pudieran organizar espectáculos quienes no tuvieran un patrimonio superior a cuatrocientos mil sestercios y que no se construyeran anfiteatros sobre terrenos que no fueran de comprobada solidez.

Por otra parte, el evergetismo edilicio, y en especial la construcción de grandes edificios de espectáculos, podía ocasionar importantes gastos adicionales a las ciudades, especialmente a las de tamaño mediano o pequeño, ya que una vez acabados los programas constructivos eran ellas las que tenían que mantener grandes y costosas obras realizadas para exaltar el prestigio y para mantener la memoria pública de determinadas *gentes* de notables locales, e incluso de la familia imperial¹⁴. A modo de ejemplo recordemos los casos de *Italica* y *Lepcis Magna*. Adriano, en la primera, y Septimio Severo, en la segunda, impulsaron grandes programas edilicios destinados a dotar a sus patrias chicas de un urbanismo y de un patrimonio monumental que contribuyera a ennoblecer la *origo* de ambos emperadores. En *Italica* se planificó la *nova urbs*, dotándola de grandes calles con pórticos, de una nueva red de abastecimiento de agua, de nuevas termas, de un templo de culto imperial dedicado a Trajano, de un posible odeón y de un gran anfiteatro¹⁵. En *Lepcis Magna*, poco después de la llegada de Septimio Severo al trono imperial, comenzó a desarrollarse un gran programa constructivo que

una terraza situada sobre la parte superior de la *cavea*, el teatro de Italica, del que sólo conservamos su cimentación y algunas esculturas pertenecientes a su programa estatuario. Sobre estos hallazgos *vid.* TRILLMICH, W., "Un *sacrarium* del culto imperial en el teatro de Mérida", *Anas*, 2/3, 1989-90, pp. 87-102; *IDEM*, "Novedades en torno al programa iconográfico del teatro romano de Mérida", en NOGALES, T. (ed.), *Actas de la I reunión sobre escultura romana en Hispania*, Mérida, 1993, pp. 113-123; MARTÍN-BUENO, M., "Utilización político-religiosa de los teatros romanos", en *Spectacula II. Le théâtre...*, pp. 233-235; CORZO, R., "El teatro de Italica", *Cuadernos de Arquitectura Romana* 2, Murcia, 1993, 157-171, pp. 162-164; RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, O., "La función ideológica de los teatros romanos a través de su epigrafía", *Hispania Antiqua*, XXIII, 1999, pp. 203-205.

14. Como señaló DE RUGGIERO, E., *Lo Stato e le opere pubbliche in Roma Antica*, Torino, 1925, p. 123-124, estas obras erigidas por particulares, tras su entrega a la comunidad pasaron a ser propiedad de la ciudad.

abarcó un nuevo foro, la gran basílica, y un templo monumental. El complejo fue flanqueado por una ancha calle porticada que contaba con un ninfeo, el puerto de *Lepcis Magna* fue ampliado y sus infraestructuras renovadas, y finalmente se levantó un gran arco cuadrifronte destinado a conmemorar la visita que el emperador hizo a su provincia natal y a su ciudad en el 202-203¹⁶.

Estos amplios programas de monumentalización, que también fueron apoyados por familias de las élites locales, pudieron ocasionar importantes problemas financieros a ambas ciudades, que se vieron obligadas a mantener grandes y costosas construcciones cuya razón de ser fue la glorificación de la casa imperial. Las obras de la *nova urbs* no llegaron a ser terminadas en su totalidad, como se aprecia en la inacabada fachada occidental del anfiteatro y en la existencia de sectores de la ciudad que nunca llegaron a edificarse¹⁷. Probablemente las ayudas económicas habrían dejado de fluir y la colonia tendría que afrontar los gastos de mantenimiento de todo el programa monumental realizado, así como comenzar a combatir los efectos destructivos producidos por las arcillas expansivas, que afectarían gravemente a las cimentaciones de las casas y edificios públicos construidos en este nuevo sector de la ciudad de *Italica*. Al carecer la colonia de los fondos necesarios para conservar y mantener en buen estado la *nova urbs*, debió ir imponiéndose la idea de abandonarla; solución que sería plenamente aceptada a mediados del siglo III¹⁸. Un proceso similar de abandono de edificios, debido a los altos costes de mantenimiento, se aprecia en *Lepcis Magna*, donde las nuevas instalaciones portuarias prácticamente no fueron utilizadas. La necesidad de dragar el nuevo puerto periódicamente hizo que los habitantes de la ciudad decidieran prescindir de él, probablemente por su incapacidad material para afrontar tales gastos¹⁹.

15. RODRÍGUEZ HIDALGO J. M. y KEAY, S. J., "Recent work at Italica", en *Social complexity and the development of towns in Iberia*, Oxford, 1995, pp. 405-411; BOATWRIGHT, M. T., "Italica y la magnificencia de Adriano", en CABALLOS A. y LEÓN, P. (eds.), *Actas de las jornadas del 2.200 aniversario de la fundación de Italica*, Sevilla, 1997, pp. 220-221.

16. WARD-PERKINS, J. B., *The Severan Building of Lepcis Magna*, Tripoli, 1993.

17. BLANCO, A., "La Itálica de Trajano y Adriano", *EAE*, 121, 1982, p. 151; LUZÓN, J., "Consideraciones sobre la urbanística de la Ciudad Nueva de Italica", *EAE*, 121, 1982, p. 78.

18. La extracción sistemática y el traslado de los materiales de construcción de la *nova* a la *vetus urbs* comenzó pronto a realizarse. Esta actuación requeriría una autorización de la administración imperial, pues la demolición de edificios para reaprovechar sus materiales estaba prohibida por la legislación romana. Cfr. PHILLIPS, E. J., "The Roman law on demolition of buildings", *Latomus*, 32, 1, 1983, p. 86. También se necesitaría la aprobación de los decuriones, como se establece en la *Lex Ursonensis* (cap. XCVII) y en la *Lex Irnitana* (cap. LXII). Por tanto, la demolición de la nueva *Italica* debió ser un hecho autorizado y aceptado por las autoridades provinciales y coloniales. Cfr. MELCHOR, E., "La construcción pública en Hispania romana: iniciativa imperial, municipal y privada", *MHA*, XIII-XIV, 1992-93, pp. 132-134; RODRÍGUEZ HIDALGO J. M. y KEAY, S. J., "Recent work...", p. 414.

19. BARTON, I. M., "The effects of imperial favour. *Septimius Severus* and *Lepcis Magna*", *Museum Africum*, 6, 1977-1978, p. 61.

Los legisladores fueron conscientes de los problemas que podía acarrear a las ciudades el mantenimiento de un gran patrimonio monumental, y por ello intentaron limitar la actuación de evergetas que buscaban obtener prestigio, tanto para ellos como para sus ciudades, financiando grandes proyectos de monumentalización urbana que rivalizaran con los desarrollados en otras comunidades vecinas²⁰. De hecho, el mismo párrafo del *Digesto* que estamos comentando también prohíbe a los munificentes ciudadanos realizar obras por emulación con otra ciudad. Dada la preocupación existente desde el siglo II por mantener saneadas las finanzas municipales, que se ponen de manifiesto en el nombramiento de curatores municipales²¹, encargados de controlar la contabilidad de las ciudades, o en el envío de gobernadores especiales a provincias para poner en orden las finanzas de éstas²², sería lógico pensar que los emperadores preferirían conocer el estado de las haciendas públicas locales antes de autorizar grandes proyectos constructivos, como es el caso de los edificios de espectáculos, cuya realización podía afectar negativamente a las arcas de los tesoros públicos municipales.

La preocupación por el estado de las finanzas municipales y por evitar a las ciudades gastos excesivos, que podían llevarles al endeudamiento o incluso a no poder pagar los tributos debidos a Roma, explica otra disposición dada por Caracalla señalando que “no se puede hacer una obra nueva a costa de la ciudad sin la autorización del príncipe”²³. La estabilidad de los presupuestos municipales debió ser considerada fundamental a la hora de autorizar cualquier tipo de obra

20. La competencia edilicia entre ciudades está claramente atestiguada en *Bithynia-Pontus*, como nos muestra Diógenes de Prusa (*Orat.*, 40, 8) al defender la remodelación urbana de las principales ciudades de esta provincia, poniendo como argumento el prestigio de la ciudad ante los ojos de los extranjeros, de las ciudades rivales y de la administración provincial. Cfr. GROS, P., “Modèle urbain et gaspillage des ressources dans les programmes éditaires des villes de Bithynie au début du II^eème S. apr. J.C.”, en *L'origine des richesses dépensées dans la ville antique*, Aix-en-Provence, 1988, p. 70.

21. La figura del *curator rei publicae* se creó en época de Trajano. Sobre el momento de aparición de los *curatores*, así como sobre sus funciones *vid.* DUTHOY, R., “*Curatores rei publicae* en Occident durant le principat. Recherches préliminaires sur l’apport des sources épigraphiques”, *Ancient Society*, 10, 1979, pp. 224-226; CAMODECA, G., “Ricerche sui *curatores rei publicae*”, *ANRW*, II, 13, 1980, pp. 474-475 y 487-489; JACQUES, F., *Le privilège de liberté. Politique impériale et autonomie municipale dans les cités de l'Occident romain* (161-244), Roma/París, 1984, pp. 272-300.

22. Nos estamos refiriendo al envío de Plinio el Joven a la provincia de Bitinia-Ponto en misión extraordinaria, como *Legatus pro praetore provinciae Ponti et Bithyniae consulari potestate*. Como Trajano señala, una de las principales misiones de Plinio sería examinar detenidamente las finanzas de las ciudades, pues era evidente que éstas habían estado muy descuidadas (Plinio, *Ep.*, X, 18, 2-3). Sobre el tema *vid.*, TALBERT, R. J. A., “Pliny the Younger as Governor of Bithynia-Pontus”, en DEROUX, C., (ed.), *Studies in Latin Literature and Roman History*, Bruselas, 1980, pp. 429-234; FUTRELL, A., *Blood in the arena...*, pp. 223-227.

23. *Publico vero sumptu opus novum sine principis auctoritate fieri non licere constitutionibus declaratur* (*Dig.*, L, 10, 3, 1).

pública y primó incluso sobre los deseos de ver culminados programas de monumentalización ya iniciados, como se deduce de un texto de Ulpiano en el que se señala que los gobernadores de provincias deben supervisar las obras públicas y los templos, velando para que sean terminados los edificios que se encuentren en construcción, aunque el jurista condiciona esta tarea a que las ciudades cuenten con los recursos económicos necesarios para terminar las obras (Ulp. 2 *de off. Procos.*, *Dig.*, I, 16, 7, 1).

Pese a que las normas legales comentadas son del segundo decenio del siglo III, ya con anterioridad pudieron comenzar a imponerse estas prácticas de control sobre la construcción pública. Como ya hemos comentado, un rescripto de Marco Aurelio exigía un permiso imperial para poder realizar cualquier intervención edilicia en las fortificaciones y demás cosas públicas de la ciudad (*Dig.*, L, 10, 6). De igual forma, varias epístolas entre Plinio y Trajano nos confirman la necesidad de solicitar la autorización del emperador para realizar cualquier obra pública que fuera a financiarse con dinero procedente de los tesoros locales²⁴: las termas de Prusa (Plinio, *Ep.*, X, 23-24), el teatro y el gimnasio de Nicea (Plinio, *Ep.*, X, 39, 1-5, y 40,1-2), los baños de Claudiópolis (Plinio, *Ep.*, X, 39, 5 y 40, 3), los acueductos de Nicomedia y Sínope (Plinio, *Ep.*, X, 37-38 y 90-91), o la cloaca de Amastris (Plinio, *Ep.*, X, 98). Incluso, en una de estas epístolas se pone claramente de manifiesto la preocupación de Trajano por mantener saneadas las finanzas locales, al autorizar la construcción de las nuevas termas de Prusa siempre que no se gravasen los recursos de la comunidad y no se creasen nuevos impuestos locales²⁵. Retrotraer este control estatal sobre las obras públicas financiadas por las ciudades a momentos anteriores es problemático, por la escasez de fuentes, aunque debemos recordar que en Hispania

24. La correspondencia de Plinio el Joven con Trajano muestra que el gobernador de *Bithynia* solicitaba el visto bueno imperial para la aprobación de cualquier proyecto constructivo financiado con dinero público. No obstante, estas precauciones podían estar motivadas por el desorden financiero existente en las ciudades de *Bithynia*, que había llevado al emperador a mandar a la provincia a un hombre de su confianza y a convertirla en provincia imperial. Por lo señalado, la solicitud de estos permisos edilicios pudo no estar generalizada en todo el Imperio a inicios del siglo II, aunque sabemos que con los Antoninos comenzó a manifestarse un creciente intervencionismo estatal en los asuntos municipales.

25. *Si instructio novi balinei oneratura vires Prusensium non est, possumus desiderio eorum indulgere, modo ne quid ideo aut intribuatur aut minus illis in posterum fiat ad necessarias erogationes* (Plinio, *Ep.*, X, 24).

La preocupación por no establecer nuevos impuestos locales y por no aumentar los ya existentes, sin la autorización del príncipe, vuelve a manifestarse en un pasaje del *Digesto* (XXXIX, 4, 10, pr.) y en un par de constituciones imperiales (*Cod. Iust.*, 4, 62, 1 y 4, 62, 3) datables en el siglo III. Los emperadores pudieron temer que la creación de nuevos impuestos favoreciese un aumento incontrolado del gasto público. Cfr. MALAVÉ, B., *Régimen jurídico financiero de las obras públicas en el Derecho Romano tardío: los modelos privado y público de financiación*, Madrid, 2007, pp. 189-197.

los saborenses debieron solicitar permiso a Vespasiano para poder construir una ciudad en la llanura que llevase su nombre, y el emperador lo autorizó, aunque no dio respuesta a la petición de aumentar los *vectigalia* que habían recibido del divino Augusto y remitió la decisión a la sentencia del procónsul (*CIL* II, 1423, *Epistula Vespasiani ad Saborenses*).

Obligación de indicar el nombre de los evergetas en las obras que éstos financiaron

Los emperadores fueron conscientes de la necesidad de reconocer la generosidad de los evergetas que habían financiado construcciones públicas, y por ello establecieron que éstos recibieran como premio a su liberalidad una inscripción con su nombre, que sería colocada en la obra que hicieron²⁶; incluso ordenaron a los gobernadores que velaran para evitar que sus *nomina* fueran borrados de los monumentos que financiaron y sustituidos por los de otras personas²⁷.

Los evergetas no desperdiciaron estas posibilidades de perpetuar su recuerdo, o de transmitirlo a las futuras generaciones, vinculando su memoria a la construcción de determinados edificios, y en ocasiones dispusieron en ellos más de una inscripción recordatoria de las obras que habían financiado, como podemos atestiguar por diferentes epígrafes conservados que hacen referencia a la misma donación: construcción de acueducto en *Burdigala* (*CIL* XIII, 596-600), *maceillum* en *Cuicul* (*AE* 1916, 32-37), anfiteatro de *Urbs Salvia* (*CIL* IX, 5536 y *AE* 1969, 70), ornamentación de foro y de la basílica de *Iliberri* con rejas y cancelas (*CIL* II²/5, 633 y 634), dedicación de las estatuas que decoraban los pórticos del foro de *Naeva* (*CILA* II, 271 y 272²⁸), etc.

Estas disposiciones, destinadas a preservar para la posteridad la memoria de aquellos ciudadanos que habían gastado parte de su patrimonio en realizar algún tipo de obra pública en beneficio de sus comunidades cívicas, buscaban recompensar a los evergetas, a la par que estimular las conductas munificentes. Al garantizar que toda persona que realizara donaciones edilicias mantendría

26. *Qui liberalitate, non necessitate debiti, reditus suos interim ad opera finienda concessit, munificentiae suae fructum de inscriptione nominis sui operibus, si qua fecerit, capere per invidiam non prohibetur* (*Dig.*, L, 10, 2, pr. –post. 217 dC.–). Ya con anterioridad, en una disposición de Caracalla se señala que sólo el nombre del emperador y del evergeta que la financió se pueden poner en la inscripción de una obra pública (*Dig.*, L, 10, 3, 2), reconociéndose este derecho a los mecenas. Esta última disposición se mantuvo durante el bajo Imperio, como puede verse en JANVIER, Y., *La législation du Bas-Empire sur les édifices publics*, Aix-Provence, 1969, p. 89.

27. *Ne eius nomine, cuius liberalitate opus exstructum est, eraso aliorum nomina inscribantur et propterea revocentur similes civium in patrias liberalitates, praeses provinciae auctoritatem suam interponat* (*Dig.*, L, 10, 2, 2).

28. *CILA* II = GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, J., *Corpus de Inscripciones Latinas de Andalucía. II*, Sevilla, IV vols., Sevilla, 1992-96.

su nombre ligado al monumento, mediante un *titulus* en el que también se grabarían los logros más importantes de su vida pública, se les estaba dando la posibilidad a las élites de mantener vivo su recuerdo en la memoria cívica colectiva, objetivo que era buscado por la mayoría de los evergetas²⁹. De esta forma se estimulaba a los notables a financiar todo tipo de obras públicas en sus ciudades.

La pervivencia del *nomen* familiar vinculado a una obra pública debía ser respetada a perpetuidad, pues como señala el *Digesto*, si alguien reparaba u ornamentaba una obra ya hecha debía mantener los nombres de los que la habían construido³⁰. Diferentes inscripciones prueban que esta disposición fue cumplida, y así nos encontramos con la reparación de las *thermae Casiorum* (CIL II, 191) en *Olisipo*³¹ o de las *Montanarum* (CIL II, 4112) en *Tarraco*³². Evidentemente, aunque quienes financiaron las obras de reconstrucción fueron otros, se mantuvo el *nomen* de los Casios y de los Montanos, familias que originariamente pagaron la construcción de los baños en sus respectivas ciudades. En Roma, emperadores como Augusto, Tiberio, Claudio y Adriano también mantuvieron en los edificios que ellos repararon el nombre de sus constructores originales, lo que prueba que con anterioridad a Septimio Severo esta disposición ya estuvo vigente³³.

Todos estos preceptos legales comentados permiten explicar la escasez de donaciones destinadas a reparar edificios públicos que tenemos atestiguadas en las diferentes provincias del Imperio y nos ayudan a comprender otras series de medidas tomadas por los emperadores para impulsar las labores de reconstrucción edilicia, que analizaremos al abordar los legados a ciudades. De momento, una realidad parece imponerse: al analizar la documentación epigráfica sobre edilicia pública en el Occidente latino observamos que los munificentes

29. Cfr. ECK, W., "Der evergetismus im funktionszusammenhang der Kaiserzeitlichen Städte", *Actes du Xe Congrès International d'Épigraphie Grecque et Latine*, París, 1997, pp. 315-318.

30. *Si quis opus ab alio factum adornare marmoribus vel alio quo modo ex voluntate populi facturum se pollicitus sit, nominis proprii titulo scribendo: manentibus priorum titulis, qui ea opera fecissent, id fieri debere senatus censuit* (Dig., L, 10, 7, 1 –época de Septimio Severo–).

31. *Thermae Cassiorum / renovatae a solo iuxta iussionem / Numeri Albani v(iri) C(larissimi) P(raesidis) P(rovinciae) L(usitaniae) / curante Aur(elio) Firmo Nepotiano et Facundo Co(n)s(ulib)us*, (CIL II, 191).

32. *M(arco) Aur(elio) Vincentio v(iro) [p(erfectissimo)] p(raesidi) [p(rovinciae) H(ispaniae)] / Tarraconensis ac su[per] / omnes reliqu[os] praesides ius/tissimo restitutori / thermarum Montanarum / Mes[s]ius Marianus / cur(ator) r(ei) p(ublicae) Tarraconensis*, (CIL II, 4112).

33. Augusto (*Res Gestae*, 20, 1), Tiberio (Dion Cassio, LVII, 10, 1-2), Claudio (Dion Cassio, LX, 6, 8) Adriano (*SHA, Hadriano*, 19, 9-11). La excepción a esta práctica la encontramos en Domiciano, quien hizo reparar numerosos monumentos en los que sólo mandó grabar su nombre, omitiendo el del constructor original (Suet., *Dom.*, 5). Cfr. ROBINSON, O. F., *Ancient rome city planning and administration*, Londres, 1992, pp. 52-53; CORBIER, M., *Donner à voir, donner à lire. Mémoire et communication dans la Rome ancienne*, París, 2006, p. 66.

ciudadanos prefirieron financiar la construcción de nuevos edificios, que posteriormente debían ser mantenidos por sus respectivas ciudades, antes que invertir en reparar los existentes³⁴. Así, en las Tres Galias, *Germania* y *Britannia* el porcentaje de construcciones públicas restauradas por el emperador, colectivos cívicos o evergetas oscila entre el 6,25% y el 37,5% del total de obras realizadas³⁵, porcentaje que se vería seriamente reducido si no se contabilizaran los trabajos edilicios financiados por la administración imperial o por las ciudades y colegios profesionales, quienes no actuaron condicionados por los mismos intereses, de búsqueda de honor y prestigio, que se detectan en el evergetismo privado. En las provincias hispanas, donde sólo hemos contabilizado las obras públicas financiadas por evergetas, las restauraciones constatadas fueron once, sobre un total de ciento treinta y dos intervenciones edilicias realizadas por particulares³⁶ (un 8,3%).

Pese a que entre los munificentes ciudadanos se dio una preferencia por realizar obras nuevas, antes que reconstruir las ya existentes, aquellos que asumieron la reparación de edificios, que previamente habían sido levantados por otros mecenas, tuvieron derecho a grabar su nombre en la inscripción que conmemorase la obra realizada, como se indica claramente en el *Digesto* (L, 10, 7, 1), pero, al tener que mantener el nombre del constructor original en el nuevo *titulus*, no pudieron disfrutar del prestigio que proporcionaba la vinculación, en exclusiva, de un edificio público concreto de la ciudad a ellos mismos y a sus familias³⁷. El afán por obtener más notoriedad pudo hacer que algunos evergetas, que financiaron la reconstrucción de edificios públicos, resaltasen en los epígrafes conmemorativos la importancia de las obras acometidas e indicasen el estado de ruina en que éstos se encontraban antes de iniciarse la restauración, lo que llevó a algunos investigadores a plantear que expresiones del tipo *vetustas* o *corruptum*, no respondían siempre a la realidad del estado en el que se encontraban los edificios antes de ser reparados, o que

34. Cfr. GOFFAUX, B., "Municipal intervention in the public construction of towns and cities in roman *Hispaniae*", *Habis*, 32, 2001, pp. 268-269.

35. 13,8% en *Aquitania*; 16,6% en *Belgica*; 6,25% en la *Lugdunensis*; 37,5% en *Germania Inferior*; 21,6% en *Germania Superior*; y 36,2% en *Britannia*. Cfr. FREZOULS, E., "Evergétisme et construction urbaine dans les Trois Gaules et les Germanies", *Revue du Nord*, LXVI, nº 260, Enero-Marzo, 1984; BLAGG, T.F.C., "Architectural munificence in Britain. The evidence of inscriptions", *Britannia*, XXI, 1990, p. 26.

36. MELCHOR, E., *Evergetismo en la Hispania romana*, Córdoba, 1993, p. 401.

37. Recordemos que las obras públicas solían quedar ligadas en la memoria cívica a las personas y gentes que las habían construido, lo que permite explicar la existencia de reconstrucciones o restauraciones realizadas por descendientes de los antiguos donantes, que de esta forma intentaban mantener el prestigio familiar. Como señala WESCH-KLEIN, G., "Rechtliche aspekte privater stiftungen während der römischen kaiserzeit", *Historia*, XXXVIII, 2, 1989, p. 189, si una obra se encontraba en estado

las inscripciones, al menos, exageraban y aumentaban la envergadura de muchas de las obras acometidas³⁸.

Legados a ciudades y construcción pública

Buena parte de la legislación romana referente a los legados y fundaciones se estableció durante el gobierno de la dinastía antonina³⁹. Los evergetas normalmente dejaban al municipio determinadas cantidades de dinero, propiedades rústicas, o incluso obras de arte⁴⁰. Las sumas legadas podían ser invertidas para obtener unas rentas o ser destinadas directamente a fines concretos claramente marcados en los testamentos.

La mayoría de las disposiciones imperiales que conocemos buscaron garantizar el cumplimiento de las voluntades de los testadores, evitando que los herederos o las ciudades que recibían legados se desentendiesen de sus

ruinoso, era motivo de vergüenza para los descendientes de la persona que había financiado la construcción.

En la ciudad de Roma, Augusto permitió, tras la batalla de *Actium*, que los hijos y descendientes de aquellas personas que hubiesen construido obras públicas en la ciudad se hiciesen cargo de su restauración, para así no apropiarse del prestigio que reportaba a las familias su edificación (Dion Cassio, LIII, 2, 4-5). En *Hispania* contamos con varios testimonios que aluden a la intervención de varios miembros de una familia en el mismo monumento. Así, en *Bracara Augusta*, *Caelicus Fronto* dedicó una fuente al dios Tongoenabiago, que fue restaurada por su nieto y sus biznietos (*CIL* II, 2419 y 2420). Cfr, GARRIDO, A. *ET ALII*, *Bracara Augusta. Escavações Arqueológicas 4, A Fonte do Ídolo*, Braga, 2008 pp. 56-59. En *Hispalis*, *Valerius Valens* equipó o adornó un espacio sacro existente en la sede del *collegium oleariorum* de la ciudad y, posteriormente, sus hijas, *Valeria Qu[arta?]* y *Valeria Valentina*, mandaron erigir en el mismo lugar sendas estatuas de *Minerva Augusta* y de *Venus Genitrix Augusta* (*HEp* 10, 2000. 577 y 577 Add). Las hijas de *Valens*, al invertir parte de su patrimonio en actos evergéticos, debieron optar por continuar la tarea iniciada por su padre, emulándolo y asumiendo cierta tutela familiar sobre el espacio sacro existente en la corporación de aceiteros de la *Colonia Romula*.

38. Sobre el tema *vid.* THOMAS, E. y WITSCHER, C., "Constructing reconstruction: claim and reality of Roman rebuilding inscriptions from the Latin West", *PBSR*, 60, 1992, pp. 135-177; FAGAN G. C., "The reability of roman rebuilding inscriptions", *PBSR*, 64, 1996, pp. 81-93.

39. Dicha legislación fue estudiada por GROSSO, G., *I legati nel diritto romano*, Turín, 19622; JACQUES, F., *Le privilège de liberté...*, pp. 695-699 y JOHNSTON, D., "Munificence and municipia: bequests to towns in classical roman law", *JRS*, 75, 1985, pp. 105-125. Para el Bajo Imperio *vid.*, MURGA, J. L., *Donaciones y testamentos "in bonum animae" en el derecho romano tardío*, Pamplona, 1968.

40. Legados de dinero (*Dig.*, XXXIII, 1, 6 y XXXIII, 1, 21, 3); de propiedades rústicas (*Dig.*, XXXIII, 2, 34); de obras de arte (*Dig.*, XXX, 122). El emperador Nerva autorizó que las ciudades pudiesen ser beneficiarias de legados, decisión que fue confirmada por Adriano: *Civitatis omnibus, quae sub imperio populi Romani sunt, legari potest* (*Dig.*, XXIV, 28). No obstante, como señaló JOHNSTON, D., "Munificence and municipia: Bequest...", pp. 111-112, los *municipia* de Italia tenían derecho a recibir legados desde antes del reinado de Nerva, pues el 40% de éstos son anteriores al 100 dC. Según este autor, las disposiciones de Nerva permitieron que las ciudades peregrinas también pudiesen recibir legados y disponer de ellos.

obligaciones o intentasen modificarlas en beneficio propio⁴¹. Cuando una comunidad cívica recibía un legado, el *ordo decurionum* de ésta debía, en primer lugar, debatir si éste era aceptado por la ciudad y las condiciones impuestas por el testador. En caso de considerar que el legado era de interés público, se procedía a promulgar un decreto decurional que confirmaba su aceptación como podemos ver en una inscripción de *Gabii* (CIL XIV, 2795). Una vez recibidos los legados, y como podemos constatar en la casuística recogida en el *Digesto*, las ciudades debían cumplir las condiciones impuestas por los evergetas en ellos⁴². Para lograr que las ciudades las respetasen se estipuló que, en caso de incumplimiento de las condiciones establecidas, los herederos no tendrían que pagar los legados, y que incluso tendrían derecho a reclamar el dinero ya entregado⁴³ (Dig., XXXIII, 1, 21, 3 —época de Marco Aurelio—). Como señaló F. Jacques, las ciudades debieron considerar, frecuentemente, que ellas podían disponer de los legados según sus deseos, sin tener que respetar las cláusulas estipuladas en el testamento, por lo que fue necesario legislar para defender la voluntad del testador. Así, un senadoconsulto prohibió emplear los intereses de capitales legados a municipios para organizar *venationes* y espectáculos en la realización

41. Sobre los primeros, una disposición de época de Marco Aurelio indicaba claramente que los herederos de una persona fallecida debían cumplir las mandas testamentarias impuestas por el difunto para que pudiera tener valor legal la *successio ex testamento* (Dig., XXXV, 1, 14). Sólo en el caso de que el testador hubiese dispuesto gastar casi toda su fortuna en evergesías, los herederos tenían derecho a reservarse para ellos la cuarta parte de la herencia, como establecía la *lex Falcidia*. Esta ley, del 40 a.C., a la que se hace referencia en el *Digesto*, XXII, 6, 9, 5 y XXXV, 2, 1, pr., limitó la cuantía de los legados a tres cuartas partes de la herencia, de manera que al menos una cuarta parte de los bienes dejados en testamento debían pasar a manos del heredero. Cfr. GUTIÉRREZ-ALVIZ, F., *Diccionario de Derecho Romano*, Madrid, 1982, pp. 391-392; DOMINGO, R. (dir.), *Textos de Derecho Romano*, Navarra, 1998, p. 372.

42. Es el caso que tenemos atestiguado en Dig., L, 12, 10 —post. 217 dC.— donde el jurista *Herennius Modestinus* indica que debe respetarse la voluntad de una mujer que estableció un capital de 30.000 HS para que con sus intereses, de un seis por ciento, se hiciera cada cuatro años un certamen, con la condición de que éste fuese presidido por su esposo y, posteriormente, por sus hijos. No obstante, si las disposiciones establecidas por el testador perjudicaban a la ciudad, éstas no eran válidas. Así, si el difunto, al dar cierta cantidad prohibía cobrar una contribución, esta condición no debía observarse (Dig., L, 12, 13, 1. —época de Marco Aurelio—).

43. Los testadores, para asegurarse el cumplimiento de su voluntad también podían introducir una *cautio legatorum* en la que se estipulase que, en caso de incumplimiento de las condiciones del legado, éste pasaría a sus herederos o a otra comunidad cívica. Como vemos en un epígrafe de la *Hispania Citerior*, datable entre el 161 y el 169 dC., L. *Caecilii Optatus* estableció una fundación testamentaria en *Barcino* para que anualmente se celebrase un combate de púgiles y se distribuyese gratuitamente aceite en las termas públicas (CIL II, 4514); pero dispuso que, a cambio, el *ordo* concediese a sus libertos la *immunitas* o gratuidad en el desempeño del sevirato. De no cumplirse sus deseos, la fundación perpetua pasaría de *Barcino* a *Tarraco*: *...rem publicam Tarraconensem transferri iubeo sub eadem forma*. Sobre esta fundación vid. MAGIONCALDA, A., *Documentazione epigrafica e 'fondazioni' testamentarie. Appunti su una scelta di testi*, Torino, 1994, pp. 111-124.

de construcciones públicas (*Dig.*, L, 8, 6 –130-140 dC.–). De esta forma, al proteger la integridad de los testamentos, el legislador favorecía la realización de nuevas donaciones mediante legados, ya que el derecho estaba garantizando a los potenciales evergetas que sus voluntades serían cumplidas⁴⁴.

En un principio, la finalidad para la que se establecían los legados no podía ser alterada, como podemos deducir de la información proporcionada por Suetonio, quien nos informa que el mismo emperador Tiberio no pudo lograr que el senado de Roma aprobase una proposición, realizada por la ciudad de *Trebia*, para lograr que el dinero legado con el fin de construir un teatro fuese empleado en la reparación de una calzada⁴⁵. De hecho, en el mismo *Digesto* se establece claramente que “lo que se deja a una ciudad con un determinado fin no puede destinarse a otros usos⁴⁶”. Pese a lo comentado, existieron excepciones a la norma y una disposición, datable entre el 130-140 dC., nos informa que el emperador podía autorizar a emplear una cantidad de dinero legada a un municipio en otro fin distinto al establecido por el testador⁴⁷ (*Dig.*, L, 8, 6). El mismo título del *Digesto* muestra que en determinadas circunstancias, –todas ellas referidas a legados destinados a la realización de obras públicas– a las ciudades se les dio cierto grado de libertar para poder destinar a otra finalidad las sumas de dinero legadas por munificentes ciudadanos. Concretamente, cuando el dinero donado para una obra pública no fuese suficiente para realizarla, debido a la reducción pecuniaria que imponía la *lex Falcidia*⁴⁸, la ciudad podía gastarlo en lo que le pareciese más necesario (*Dig.*, L, 8, 6); igualmente, si se dejó dinero para realizar varias obras públicas y éste no fue suficiente, a causa de la aplicación de la *lex Falcidia*, la ciudad decidiría en cuál de las obras debería emplearse (*Dig.*, L, 8, 6). Estas dos primeras excepciones a las reglas habituales de los legados quedan explicadas por la necesidad de contemplar jurídicamente el derecho que tenían

44. JACQUES, F., *op. cit.*, *Le privilège de liberté...*, pp. 695-696.

45. *Iterum censente, ut Trebianis legatam in opus noui theatri pecuniam ad munitionem uiae transferre concederetur, optinere non potuit quin rata uoluntas legatoris esset* (Suet., *Tib.*, 31, 1).

46. *Quod ad certam speciem civitatis relinquitur, in alios usus convertere non licet* (*Dig.*, L, 8, 1–época de Caracalla–).

47. *Legatam municipio pecuniam in aliam rem quam defunctus voluit convertere citra principis auctoritatem non licet. Et ideo si unum opus fieri iusserit, quod Falcidia legis interventu fieri non potest, permittitur summam, quae eo nomine debetur, in id, quod maxime necessarium rei publicae videatur, convertere: sive plures summae in plura opera legantur et legis Falcidiae interventu id quod relinquitur omnium operum exstructioni non sufficit, permittitur in unum opus, quod civitas velit, erogari* (*Dig.*, L, 8, 6).

48. Sobre esta ley *vid.* STEIN, P., “*Lex Falcidia*”, *Athenaeum*, 65, 1987, pp. 453-457. Sobre su repercusión en casos concretos de evergetismo recogidos en el *Digesto* (XXII, 6, 5-6) *vid.* CORBIER, M., “L’evergétisme de l’eau en Afrique. *Gargilianus* et l’aqueduc de Cirta”, *L’Africa romana III*, Sassari, 1986, pp. 275-285.

los herederos a reservarse una cuarta parte de las herencias, aunque también dan cierta libertad a las ciudades para disponer del dinero recibido por manda testamentaria.

A estas disposiciones debemos añadir otras dos que parecen buscar soluciones a los problemas que tuvieron numerosas ciudades para mantener su patrimonio monumental. Un rescripto de época de Antonino Pío señala que si se legó una cantidad de dinero para nuevas construcciones públicas y la ciudad ya contaba con bastantes o carecía de recursos para repararlas, ésta debía emplearse mejor en conservar las existentes⁴⁹; en otro fragmento del *Digesto*, fechable con posterioridad al 217 dC. pero tomado de prescripciones originales del reinado de Marco Aurelio, se establece que las cantidades de dinero legadas para hacer obras debía emplearse en reparar las existentes, salvo que se indicase expresamente que éste fuese utilizado en realizar una obra nueva⁵⁰. En ambos rescriptos los emperadores aparecen tomando iniciativas para canalizar parte de la inversión evergética en materia edilicia, en la reparación de edificios ya construidos. Estas dos disposiciones podrían hacer referencia a legados en los que el testador no determinaba de forma concreta la obra nueva a realizar, lo que permitiría alterar parcialmente su finalidad y emplear el dinero donado en tareas de restauración. Tales modificaciones de las voluntades testamentarias quedarían justificadas por motivos de necesidad y utilidad pública, argumentando la cláusula de *quod maxime necessarium municipibus videatur* (Dig., L, 8, 6).

La necesidad de legislar para poder desviar el fin de determinados legados a ciudades, nos está confirmando lo que anteriormente nos había mostrado la documentación epigráfica: que la mayoría de los munificentes ciudadanos prefirieron financiar la construcción de nuevos edificios antes que invertir en reparar los existentes. Tal actitud permitiría monopolizar la gloria y el prestigio que otorgaban la realización de una obra pública, pero pudo ocasionar serios problemas a las ciudades, que necesitarían recursos económicos no para afrontar nuevas construcciones, sino para atender a la conservación de las ya existentes. De hecho, las disposiciones legales que estamos comentando comienzan a aparecer a mediados del siglo II dC., cuando el proceso de urbanización se encontraba muy desarrollado por todo el Imperio, y parecen buscar soluciones para ayudar a las ciudades a obtener fondos que les permitiesen mantener su patrimonio monumental, lo que nos está indicando la existencia de dificultades financieras en las haciendas locales, que intentaron paliarse desviando el capital

49. *Pecuniam, quae in opera nova legata est, potius in tutelam eorum operum quae sunt convertendam, quam ad inchoandum opus erogandam divus Pius rescripsit: scilicet si satis operum civitas habeat et non facile ad reficienda ea pecunia inveniatur* (Dig., L, 10, 7, pr.).

50. *Nisi ad opus novum pecunia specialiter legata sit, vetera ex hac reficienda sunt* (Dig., L. 8, 7, 1).

de los legados testamentarios hacia programas de reconstrucción edilicia⁵¹. Pese a las medidas tomadas, el problema continuó existiendo y la situación pudo degenerar hasta el punto de que, en el siglo III, algunas ciudades no pudieron mantener un sobredimensionado equipamiento urbano compuesto por numerosos edificios públicos, en buena parte arruinados por el paso del tiempo, y tuvieron que dejarlos caer, integrarlos en nuevas construcciones o emplear sus materiales en levantar y reforzar sus fortificaciones⁵².

Por otra parte, estas medidas pudieron responder al deseo, por parte de la administración central, de que los capitales dejados a las ciudades con fines edilicios pudiesen ser empleados en solucionar problemas que pudieron llegar a ser agobiantes para los municipios, como la penuria de fondos para mantener y restaurar el patrimonio monumental que poseían, en vez de destinarlos a construir nuevas obras públicas que posteriormente habría que mantener y que generarían nuevos gastos a las haciendas públicas locales. Pese a lo comentado, a inicios del siglo II, unos treinta años antes del mencionado rescripto de Antonino Pío, la correspondencia entre Plinio y Trajano nos muestra el caso de un legado dejado para que el gobernador de *Bithinia-Pontus* decidiera si se invertía en juegos en honor del emperador o en construcciones que serían erigidas, en *Heraclea y Tium*, en memoria del príncipe. Trajano, tras ser consultado sobre cuál debía ser el destino del capital legado, respondió a Plinio que decidiera él qué debía hacerse, según la situación de cada ciudad, con el fin de perpetuar la memoria del evergeta (Plinio, *Ep.*, X, 75-76), pero ni gobernador ni emperador plantearon, en ningún momento, la posibilidad de desviar el dinero donado a

51. Cfr. GOFFAUX, B., "Entre le droit et la réalité: la construction publique dans les cités de l'Hispanie romaine", *Les Études Classiques*, 66, 1998, p. 351.

52. BLAGG, T. F. C., "Architectural patronage in the Western provinces of the Roman Empire in the third century", *The Roman West in the Third Century*, B.A.R., 109/1, Oxford, 1981, pp. 180-185. La historiografía reciente, prefiere hablar en el siglo III de transformación o adaptación antes que de decadencia de las ciudades. Es cierto que a fines de esta centuria se detecta un importante desarrollo de los trabajos de fortificación, consistentes en reforzar primitivas murallas fundacionales o en construir otras nuevas, en los que se emplearon materiales procedentes de viejos edificios o de necrópolis; y que durante el siglo III algunas pequeñas comunidades cívicas debieron renunciar a mantener algunos de sus edificios públicos por carecer de recursos económicos suficientes. No obstante, el abandono y cambio de uso de determinadas zonas públicas de las ciudades es un proceso que comienza a detectarse a finales de la segunda centuria y que se prolonga hasta la cuarta, acelerándose especialmente en el siglo IV. Cfr. WITSCHER, C., "Re-evaluating the roman West in the 3rd C. A.D.", *JRA*, 17, 2004, pp. 264-265, 267-268, 273. Para *Hispania*, similares conclusiones han sido obtenidas por CEPAS, A., *Crisis y continuidad en la Hispania del siglo III*, Madrid, 1997, pp. 252-253; PÉREZ CENTENO, M.^a R., *Ciudad y territorio en la Hispania del siglo III dC.*, Valladolid, 1999, pp. 421-433; KULIKOWSKI, M., *Late roman Spain and its cities*, Baltimore, 2004, pp. 101-109 y 127-128 y WITSCHER, C., "Hispania en el siglo III", en ANDREU, J. ET ALII (eds.), *Hispaniae. Las provincias hispanas en el mundo romano*, Tarragona, 2009, pp. 489-495.

la conservación y reparación de edificios públicos, pese a que para ambos era prioritario poner en orden las finanzas de las diferentes ciudades, e intentaron evitar que éstas despilfarrasen sus recursos en la realización de obras innecesarias⁵³. En todo caso, la legislación conservada muestra que el legislador tendió a respetar la voluntad de los testadores, y sólo en determinadas circunstancias, en las que pudieron dañarse los derechos de los herederos o darse cierto grado de imprecisión en el fin al que estaba destinado el capital legado, el dinero dejado mediante manda testamentaria para la construcción de edificios pudo ser empleado en otro fin distinto al asignado, pero igualmente vinculado a la edilicia pública.

Como hemos podido ver, buena parte de la legislación romana referente a legados fue destinada a preservar la voluntad originaria de los testadores. De esta forma, los emperadores estaban fomentando las donaciones testamentarias, pues los potenciales evergetas tenían la seguridad de que sus disposiciones casi siempre serían cumplidas. También se intentó proteger a las ciudades de los herederos morosos reacios a cumplir con los legados y fideicomisos⁵⁴ establecidos en beneficio de los municipios por los testadores⁵⁵.

Finalmente, debemos comentar la existencia de un par de inscripciones que nos muestran que en determinadas circunstancias, con permiso de los herederos y previo acuerdo o solicitud del *ordo decurionum*, se pudieron modificar determinadas mandas testamentarias. En *Arunda*, *L. Iunius Iunianus* dispuso en su testamento una cantidad de cuatro mil ochocientos sestercios para que su liberto y heredero *L. Iunius Actinus* le construyese un sepulcro (*CIL* II, 1359). El liberto, ante la petición del *Ordo* (...*petitus ab ordine Arunditano*...), decidió emplear el dinero en elevar dos estatuas en el foro a *L. Iunius* y a su hijo *Gallus*,

53. Los conceptos de utilidad pública, control del gasto y mantenimiento de la estabilidad de las finanzas locales aparecen continuamente presentes en la correspondencia mantenida entre Plinio y Trajano (Plinio, *Ep.*, X, 23-24; 90-91; 98-99).

54. La legislación comentada en este apartado del trabajo sobre los legados afectó por igual a los fideicomisos, pues ambos terminaron estando equiparados a efectos legales: *Per omnia exaequata sunt legata fideicommissis* (*Dig.*, XXX, 1). Cfr. GROSSO, G., *I legati nel diritto*..., p. 127; GÓMEZ-PANTOJA, J., "Un olvidado fideicomiso de Complutum", en GARCÍA MORENO, L. y RASCÓN MARQUÉS, S. (eds.), *Acta Antiqua Complutensis II. Hispania en la Antigüedad Tardía. Ocio y espectáculos*, Madrid, 2001, pp. 259-260.

55. Para evitar retrasos indeseados se establecía que, si el testador no había marcado los plazos de ejecución, los fijaría el gobernador provincial y, una vez sobrepasados, se obligaría a los herederos a pagar intereses. En el *Digesto* (L, 10, 5, pr.) se establece claramente que los herederos que se retrasasen en el cumplimiento de las mandas testamentarias deberían pagar a la ciudad los intereses marcados por la ley y recogidos en *Dig.*, XXII, 1, 17: el cinco por ciento los seis primeros meses y el seis por ciento anual, una vez se superaba este primer plazo semestral. Cfr. JACQUES, F., "*Ampliatio et mora*. Evergetes recalcitrants d'Afrique romaine", *AntAfr.*, 9, 1975, pp. 160-162.

lo que suponía un gasto mayor⁵⁶ (...*quamquam sumptu maiore adgravari*...). En otro epígrafe de *Taruisium*, datable en la primera mitad del siglo I dC., se señala que el legado testamentario de veinte mil sestercios, dejado por *Cassius* para la construcción de un *macellum*, fue empleado en la construcción de una *crypta* con el consentimiento de la esposa del testador, quien añadió algo más de quince mil sestercios para que esta obra se pudiera realizar. En el texto se señala que el cambio de destino del legado fue realizado *ex decreto decurionum*, aunque debemos suponer que bajo esta fórmula se sanciona un acuerdo entre el senado local y los herederos, quienes no sólo aceptaron modificar las últimas voluntades de *Cassius*, seguramente a petición de la curia, sino que también ampliaron la cantidad de dinero donada, hecho que parece confirmar la existencia de un consenso previo entre ambas partes⁵⁷. En ambos casos no parece que estos cambios de las últimas voluntades se produjeran a causa de la *lex Falcidia*, pues los herederos no redujeron la suma a gastar, sino que la ampliaron, ni debido a que la primera obra a realizar no estuviese claramente indicada en los testamentos. Tampoco se alude a la solicitud de un permiso imperial que permitiese cambiar el destino de la suma legada, aunque ambos epígrafes pudieron datarse antes de la aparición de esta disposición Adrianea. Por lo señalado, debemos admitir que, en circunstancias excepcionales, el acuerdo entre herederos y senado local pudo permitir modificar determinadas mandas testamentarias⁵⁸.

Promesas *ob honorem* y *ob liberalitatem* y construcción pública:

La legislación romana distingue claramente entre *pollicitationes ob honorem*, motivadas por el deseo de obtener alguna magistratura, sacerdocio o el decurionado en cualquiera de los municipios o colonias existentes en el mundo romano, y realizadas durante las campañas electorales que anualmente se celebraban; y *pollicitationes ob liberalitatem*, también conocidas como *non ob honorem* o *sine causa iusta*, efectuadas por el afán de ostentación de los notables y sin estar condicionadas por la pretensión de obtener cargo algu-

56. Cfr. D'ORS, A., *Epigrafía jurídica de la España romana*, Madrid, 1953, pp. 406-407; LE ROUX, P., "Epigrafía ed evergetismo: la Spagna nel II-III secolo dC.", *Epigrafía e territorio. Politica e società. Temi di antichità romane III*, Bari, 1994, pp. 178-179.

57. [- Ca]ssius [- . tes]/[t]amento s[ester]/tieis ((viginti milibus)) ma[cel]/lum fieri iussi[t]. / [P]ecuniam here[des] / ex d[ecreto] d[ecurionum] in crypta[m] / dedere. Vale[ria] - .? / uxor HS ((quindecim milia)) [---] / in cryptam [dedit]. Sobre esta inscripción vid. CRESCI, G. y PISTELLATO, A., "Decreta Taruisana. Due casi da approfondire", *MEFRA*, 119/2, 2007, pp. 376-379.

58. En determinadas circunstancias los deseos de los difuntos pudieron ser modificados por los ejecutores del testamento, siempre que se considerase que tal decisión podía estar de acuerdo con la voluntad del testador. A este mecanismo se le conoce como *quaestio voluntatis*. Sobre el tema vid. BERGER, A., "Voluntas testandis", *Enciclopedia Dictionary of Roman Law*, New-York, 1953, p. 771.

no⁵⁹. Las primeras eran de obligado cumplimiento, siempre que el promitente hubiera logrado acceder al desempeño del cargo público por el que realizó la promesa electoral, pues como señala el *Digesto* “Si alguien hubiera prometido hacer una obra en alguna ciudad a causa de un cargo propio o ajeno, dice una constitución de Trajano... que queda obligado a terminarla tanto él como su heredero”⁶⁰. Además, como se señala en un rescripto de Septimio Severo y Caracalla, en caso de incumplimiento, las ciudades podían exigirles por vía jurídica la realización de las donaciones e incluso el pago de los intereses adeudados (*Dig.*, L, 12, 1, pr). Las promesas *ob honorem* referidas a la construcción de edificios públicos están perfectamente atestiguadas por la epigrafía⁶¹ y su cumplimiento estuvo garantizado por diferentes disposiciones legales que afectaban a cualquier tipo de *pollicitationes* electorales que pudieran hacerse en el mundo romano⁶².

59. Sobre las *pollicitationes* vid. BRINI, G., “La bilateralità della pollicitationes ad una res publica e dei vota nel diritto romano”, *Memorie della Reale Accademia delle Scienze dell'Istituto di Bologna*, 1, 1907-1908, pp. 3-44; ALBERTARIO, E., “La pollicitatio”, *Studi di Diritto Romano*, III, 1936, pp. 239-281; VILLERS, R., “Essai sur la pollicitatio a une res publica”, *RHDfE*, 18, 1939, pp. 1-38; ROUSSIER, J., “Le sens du mot pollicitatio chez les juristes romains”, *RIDA*, III, 1949, pp. 295-317; *Idem*, “La pollicitatio pecuniae”, *Studi in onore di Vincenzo Arangio-Ruiz*, vol. II, Nápoles 1953, pp. 31-58; VEYNE, P., “Deux inscriptions de Vienne”, *Khartago*, IX, 1958, pp. 89-118; GARNSEY, P., “Taxatio and pollicitatio in roman Africa”, *JRS*, 61, 1971, pp. 116-129; JACQUES, F., *Le privilège de liberté...*, pp. 699-712; ARCHI, G., “La pollicitatio nel diritto romano”, *Scritti di Diritto Romano*, 2, 1981, pp. 1317-1361; HAYASHI, N., “Die pecunia in der pollicitatio ob honorem”, *Klio*, 71, 1989, pp. 383-398; WESCH-KLEIN, G., “Rechtliche asperkte privater stiftungen...”, pp. 178-182 y 185-187; SAN JUAN SANZ, J. *La pollicitatio en los textos jurídicos romanos*, Madrid, 1996, pp. 91-124; MELCHOR, E., “Pollicitationes ob honorem y ob liberalitatem en beneficio de una res publica, su reflejo en la epigrafía latina”, *Revista General de Derecho Romano*, 5, Diciembre de 2005, pp. 1-17.

60. *Dig.*, L, 12, 14, Pomponio, *Libro sexto epistularum et variarum lectionum* (vers. 161-169): *Si quis sui alienive honoris causa opus facturum se in aliqua civitate promiserit, ad perficiendum opus tam ipse quam heres eius ex constitutione divi Traiani obligatus est*. Sobre la necesidad de haber comenzado a desempeñar el cargo para que la promesa fuera exigible por ley vid., *Dig.*, L, 12, 11 y *Cod. Inst.*, X, 70, 1.

61. Capillas: *CIL* II, 1939, *CIL* II²/7, 240, *CIL* VIII, 19435, *AE* 1938, 43, *AE* 2000, 1730. Templos: *CIL* II, 5133, *CIL* II²/7, 240, *CIL* VIII, 26482. Ornamentación del foro y de edificios públicos: *CIL* II²/5, 633 y 794, *CIL* VIII, 23888. Construcción, reparación y ornamentación de edificios de espectáculos: *CIL* II²/5, 31, *CIL* II, 984, *CILA* II, 382, *CIL* VIII, 1498 = 26528, *AE* 1942/43, 96 = 99. Arcos honoríficos *CIL* VIII, 98 y 7946. Reparación de baños: *CIL* XIV, 2115.

62. Toda persona obligada a cumplir una promesa debía realizarla en un plazo determinado. En caso contrario incurría en mora, se le podía exigir como una deuda (*Dig.*, L, 12, 3, pr.), incluyendo el pago de intereses a la ciudad (*Dig.*, L, 12, 1, pr.), y si era necesario el gobernador provincial podía autorizar a enajenar el patrimonio del promitente, para que con éste fuese satisfecha la deuda contraída con su comunidad cívica. Según JACQUES, F., “*Ampliatio et mora*. Evergetes...”, pp. 163-164; *Idem*, *Le privilège de liberté...*, pp. 735-750, el plazo para cumplir la promesa vendría impuesto por la tradición local y por la importancia de la donación, quedaría fijado definitivamente en el momento de hacer la *pollicitatio*, y sería recogido en las actas públicas. Normalmente comprendería el año de ejercicio del magistrado o sacerdote, lo que explicaría la aparición en ciertos epígrafes la expresión *anno suo*. Los intereses a pagar en caso de retraso serían los mismos que los previstos para los legados en beneficio de las ciudades (vid. n. 55). Por otra parte, al considerarse una promesa incumplida como una deuda, el

Frente a las anteriores *pollicitationes*, toda persona que prometía realizar una donación a favor de una *res publica* sin que ésta estuviese motivada por la obtención de un honor, sacerdocio o cargo, no estaba obligada legalmente a llevarla a efecto⁶³. No obstante, los emperadores Septimio Severo y Caracalla impusieron la obligación de cumplir las promesas *ob liberalitatem* en caso de que éstas hubiesen comenzado a ejecutarse⁶⁴. En concreto, las disposiciones legales hacen referencia a la realización de obras públicas prometidas por particulares. Si éstas habían comenzado a efectuarse por los propios evergetas o por las ciudades⁶⁵, los promitentes quedaban obligados legalmente a terminarlás (*Dig.*, L, 12, 1, 2-5; *Dig.*, L, 12, 3, pr.).

Pese a que la legislación conservada procede de finales del siglo II o de inicios del III, ya a comienzos de la segunda centuria debían existir normas similares, como nos confirman dos de las epístolas intercambiadas entre Plinio el Joven y Trajano⁶⁶. El primero, como gobernador provincial, informa al emperador de la marcha de las obras de construcción del teatro de Nicea, y le comunica que unos particulares habían prometido construir basílicas y una columnata entorno al nuevo edificio cuando éste fuese terminado⁶⁷. Trajano le responde que vigile para que las obras prometidas por los particulares sean hechas, pero sólo cuando el teatro esté terminado⁶⁸. Por tanto, de esta correspondencia podemos deducir que la obligación de cumplir las promesas *non ob honorem*, en caso de que éstas hubiesen comenzado a ejecutarse, había comenzado con anterioridad a la llegada al poder de la dinastía severiana, al menos desde inicios del siglo II⁶⁹. Por

moroso no podía continuar su carrera política municipal, pues, como señala el *Digesto*, los deudores de las ciudades por una mala administración de la *res publica* o por el incumplimiento de promesas hechas no podían desempeñar magistraturas, salvo que pagasen antes las deudas contraídas con su ciudad (*Dig.*, L, 4, 6, 1).

63. *Non semper autem obligari eum, qui pollicitus est, sciendum est. Si quidem ob honorem promiserit decretum sibi vel decernendum vel ob aliam iustam causam, tenebitur ex pollicitatione: sin vero sine causa promiserit, non erit obligatus. Et ita multis constitutionibus et veteribus et novis continetur* (*Dig.*, L, 12, 1, 1).

64. *Item si sine causa promiserit, coeperit tamen facere, obligatus est qui coepit* (*Dig.*, L, 12, 1, 2).

65. Como se señala en *Dig.*, L, 12, 1, 3-5, pudo darse el caso de que alguna ciudad iniciase la realización de una obra pública adelantando el dinero prometido por un particular para su ejecución, o que asignase suelo público, a petición de un evergeta, para que éste pudiese comenzar a ejecutar su *pollicitatio*.

66. Cfr. SHERWIN-WITE, A. N., *The letters of Pliny. A historical and social commentary*, Oxford, 1966, 616-621.

67. *Huic theatro ex priuatorum pollicitationibus multa debentur, ut basilicae circa, ut porticus supra caucam. Quae nunc omnia differuntur cessante eo, quod ante peragendum est* (Plin., *Ep.*, X, 39, 3).

68. *Quid oporteat fieri circa theatrum, quod incohatur apud Nicaeenses est, in re praesenti optimo deliberabis et constitues. Mihi sufficet indicari, cui sententiae accesseris: Tunc autem a priuatis exige opera, cum theatrum, propter quod illa promissa sunt, factum erit* (Plin., *Ep.*, X, 40, 1).

69. Cfr. JACQUES, F., *Le privilège de liberté...*, pp. 704-705.

la misma época, Dión de Prusa comenta en uno de sus *Discursos* la posibilidad de hablar con el gobernador provincial para pedirle que recoja las aportaciones de aquellos que habían prometido contribuir con dinero a la realización de una obra pública⁷⁰ (Dión de Prusa, *Or.*, 47, 19), mostrándonos que la máxima autoridad provincial era ya la encargada de garantizar el cumplimiento de las promesas realizadas por particulares. No hemos de ver en estas disposiciones una manifestación de la crisis de la vida urbana, ni intención alguna de coaccionar a los notables, pues ninguna ley imponía la obligación de prometer. Sólo se intentaba que las obras iniciadas como consecuencia de una *pollicitatio* fuesen culminadas. Con tales normas legales se pretendía evitar que las ciudades tuviesen que soportar la carga de terminar obras inacabadas a causa de la irresponsabilidad de algunos notables. Tales medidas hemos de contemplarlas en el marco general de una política imperial, iniciada por Trajano en *Bithynia-Pontus*, tendente a racionalizar el gasto público municipal, así como a controlar los ingresos y gastos de las ciudades⁷¹. De esta forma se intentaba evitar que los municipios se pudieran arruinar por desarrollar grandes proyectos constructivos, que generalmente fueron impulsados y estimulados por miembros de las élites municipales ansiosos de acumular prestigio y gloria para ellos y para sus ciudades⁷², lo que hubiese afectado al pago de los impuestos debidos a Roma.

Las promesas *ob liberalitatem* realizadas con ocasión de diversas calamidades sufridas por las ciudades, como terremotos, derrumbamientos o incendios, también fueron de obligado cumplimiento, al menos desde el reinado de Septimio Severo, y a tal disposición no le afectaba que las promesas no hubieran comenzado a ejecutarse (*Dig.*, L, 12, 4 y 7). Evidentemente, en estos casos la supresión de las reglas habituales de la *pollicitatio* quedaba justificada por la situación ex-

70. Sobre las relaciones entre el gobernador y los notables de *Bithynia* *vid.*, FERNOUX, H.-L., *Notables et élites des cités de Bithynie aux époques hellénistique et romaine (IIIe siècle av. J.-C. – IIIe siècle ap. J.-C.)*. *Essai d'histoire sociale*, Lyon, 2004, pp. 314-320.

71. Algunas ciudades de *Bithynia* habían iniciado la construcción de grandes obras públicas careciendo de un correcto asesoramiento técnico y de un sistema de control de los contratistas, con lo cual los resultados fueron catastróficos. Así, en el acueducto de *Nicomedia* se llevaban invertidos 3.518.000 sesteracios y estaba sin terminar (Plin., *Ep.*, X, 37.), o el teatro de *Nicaea* presentaba grietas antes de estar acabada la obra (Plin., *Ep.*, X, 39.). Sobre el tema *vid.* TALBERT, R. J. A., “Pliny the Younger as Governor...”, pp. 430-434; GROS, P., “Modèle urbain et gaspillage...”, pp. 69-85.

72. La preocupación de las élites locales por embellecer sus ciudades estuvo ligada al desarrollo del sentimiento de orgullo cívico y la importancia dada a la *origo* en la sociedad romana. Los notables locales se preocuparon de embellecer sus ciudades y de dotarlas de una infraestructura urbana que pudiera rivalizar con la existente en comunidades vecinas. De esta forma, mediante el desarrollo de programas de monumentalización urbana, obtenían prestigio ante Roma para su “patria chica” y contribuían a ennoblecer su *origo*, uno de los factores que fueron tenidos en cuenta al promocionar a miembros de las élites municipales a los ordines superiores. Cfr. CHAVES, F. ET ALII, “Los monumentos en la moneda hispanorromana”, *Numismatica e Antichità Classiche*, XXIX, 2000, *Quaderni Ticinesi*, pp. 308-309.

cepcional que atravesaban las ciudades afectadas por catástrofes. Ante la llegada de momentos difíciles para determinadas comunidades cívicas, los emperadores y ricos ciudadanos acostumbraron a manifestar su solidaridad, *benevolentia* y *liberalitas* ayudando a las poblaciones que habían sufrido alguna desgracia importante. Así lo hizo Tiberio, en el 17 dC., con doce ciudades de Asia que se vieron afectadas por un terremoto. Para facilitar su reconstrucción aportó diez millones de sestercios de su patrimonio personal y condonó todos los tributos que estas comunidades tuviesen que pagar a Roma durante cinco años⁷³ (Tac., *Ann.*, II, 47). Igualmente, numerosos epígrafes confirman la ayuda prestada por emperadores, miembros de la administración imperial y por destacados ciudadanos en la reconstrucción de edificios dañados por terremotos e incendios⁷⁴.

La epigrafía nos proporciona numerosos ejemplos de *pollicitationes ob liberalitatem*. Los evergetas normalmente indican en las inscripciones que realizaron la donación en cumplimiento de una promesa y, en ocasiones, señalan los motivos con expresiones del tipo: *ex liberalitate sua* (CIL VIII, 8318, 8319, 14792), *de o ex sua liberalitate* (CIL VIII, 11677, 12421; AE 1917/18, 44), *pro amore patriae* (CIL VIII, 14792), *ob amorem civium* (CIL VIII, 1781), *in u ob memoriam* (CIL II, 3265; CIL IX, 23), etc. No obstante, en la mayoría de los casos simplemente se hace referencia a que se está cumpliendo una promesa⁷⁵ (empleando los verbos *promitto* o *polliceor*) y no aparece mención alguna a la fórmula *ob honorem*. Mediante las promesas *ob liberalitatem* se realizaron construcciones públicas de muy diverso tipo, como podemos constatar por la documentación epigráfica: templos y capillas⁷⁶, pórticos⁷⁷, arcos⁷⁸, etc.

A diferencia de lo que ocurría con las promesas *ob honorem*, en las *pollicitationes sine causa iusta* la obligación contraída por el promitente no se transmitía en su totalidad a los herederos, quienes sólo debían responder con una quinta o décima parte de su patrimonio (Dig., I, 12, 9). Frecuentemente encontramos a

73. Otros testimonios similares, de rápida reacción de los emperadores para ayudar a ciudades que habían sido afectadas por catástrofes naturales, son recogidos por MILLAR, F., *The emperor in the roman world*, Londres, 1977, pp. 422-424; y TOBALINA, E., "Poder central y poder local...", pp. 56-58.

74. Templos y capillas: CIL X, 846 de *Pompei*; CIL X, 1406 de *Herculaneum*; CIL XIII, 5194 de *Vindonissa*; AE 1987, 931 de *Samos*; AE 1997, 343 de *Larinum*; AE 1994, 413 de *Nola*. Termas: CIL IX, 2338 de *Allifae*; CIL XI, 6225 de *Fanum Fortunae*; CIL XII, 4342 de *Narbo*; AE 1972, 150 de *Telesia*. Mercados: CIL IX, 2638 de *Aesernia*; AE 1992, 319 de *Saepinum*. Pórticos: AE 1978, 702 de *Ulpiana*. Teatros: CIL II, 478 de *Emerita*; AE 1994, 404 de *Nuceria*. Foros y conjuntos urbanos: CIL IX, 1596 de *Beneventum*.

75. CIL II, 5489; CIL II/2/5, 718; CIL VIII, 4601, 7969, 9021, 17838, 26471; CIL IX, 5428; CIL X, 8318; etc.

76. CIL II/2/5, 718; CIL VIII, 1781, 12569 y 26471; CIL XIII, 3075; AE 1904, 116.

77. CIL XIII, 3632; CIL XIII, 6705.

78. CIL VIII, 11677 y 18766a; CIL XIII, 6705.

herederos y familiares de los promitentes encargándose de cumplir las *pollicitationes ob liberalitatem* realizadas, sin que hayamos podido detectar una posible reducción del dinero invertido a causa de esta norma establecida por los emperadores Septimio Severo y Caracalla, pese a que algunas donaciones debieron ser bastante costosas: pórticos y arcos (*CIL* XIII, 3632 y 6705), templos y capillas a dioses con sus ornamentos (*CIL* II²/5, 718; *CIL* XIII, 3075), etc.

Como hemos podido constatar en el desarrollo de nuestro trabajo, los emperadores no pretendieron coaccionar mediante preceptos legales las conductas munificentes, ni tampoco encauzarlas para que cubriesen determinadas necesidades sociales, tan sólo buscaron preservar el cumplimiento de la voluntad de los evergetas y los derechos de las ciudades, intentando evitar que una actuación irresponsable de los primeros pudiese afectar a la estabilidad de las finanzas municipales, dado que los tesoros públicos locales tendrían que mantener buena parte de los edificios construidos por los evergetas o, en el peor de los casos, terminar proyectos edilicios inacabados. Ciudades y evergetas conocieron las disposiciones imperiales que regularon las donaciones e intentaron defender sus intereses, las primeras obligando a cumplir las promesas y mandas testamentarias realizadas por los particulares; los segundos tratando de obtener la mayor gloria posible con sus donaciones, que sus voluntades fuesen respetadas y que su memoria quedase immortalizada en monumentos honoríficos que pudieran perdurar en el tiempo.

Finalmente, debemos señalar que el desarrollo de la legislación sobre evergetismo durante las dinastías de los Antoninos y los Severos no debe relacionarse con un cambio en los comportamientos evergéticos ni con los inicios de una prematura crisis de la vida municipal. Durante el siglo II las conductas munificentes alcanzaron su máximo desarrollo en numerosas regiones del Occidente romano, con la excepción de Italia, donde se constata un equilibrio entre las donaciones realizadas en la primera y segunda centurias, y de las provincias del África Proconsular y *Numidia*, donde el apogeo del evergetismo *ob honorem* se sitúa en los reinados de Septimio Severo, Caracalla y Severo Alejandro. Incluso, al tener en cuenta los datos de las dos provincias norteafricanas mencionadas y el cambio que se produjo en los hábitos epigráficos entre inicios y mediados del siglo III, que ocasionó una fuerte caída en la producción de inscripciones⁷⁹, podemos plantear que la disminución del número de actos evergéticos, aunque importante, no fue excesivamente pronunciado hasta finales de la dinastía se-

79. MROZEK, S., "À propos de la répartition chronologique des inscriptions latines dans le Haut-Empire", *Epigraphica*, XXXV, 1973, pp. 113-118; MACMULLEN, R., "The epigraphic habit in the roman Empire", *American Journal of Philology*, 103, 3, 1982, pp. 233-246; WITSCHER, C., *Krise – Rezession – Stagnation? Der Westen des römischen Reiches im 3. Jh. N. Chr.*, Frankfurt, 1999, pp. 60-84.

veriana⁸⁰. La normativa jurídica sólo intentó preservar los derechos de ciudades y evergetas, y su desarrollo durante la segunda centuria y el primer tercio de la tercera confirma la vitalidad de la munificencia cívica en este periodo⁸¹. Por otra parte, no debemos olvidar que buena parte de la legislación analizada toma como fuente de derecho las disposiciones y prácticas existentes en el siglo I dC. o a inicios del II –autorización imperial para la realización de obras públicas, permanencia del nombre del constructor en los epígrafes que conmemoran donaciones edilicias, cumplimiento de las disposiciones establecidas en los legados y de las promesas realizadas por particulares–, así como otras heredadas de la República –control ejercido sobre los trabajos de fortificación de ciudades–, mostrándonos que las normas legales datables entre mediados de la segunda centuria y el primer tercio de la tercera lo que hicieron fue sancionar y desarrollar una tradición jurídica proveniente de etapas anteriores.

80. JACQUES, F., *Le privilège de liberté...*, pp. 719-727; WESCH-KLEIN, G., *Liberalitas in rem publicam. Private Aufwendungen zugunsten von Gemeinden im römischen Africa bis 284 n. Chr.*, Bonn, 1990, pp. 50-52; MELCHOR, E., *Evergetismo en la Hispania...*, pp. 450-452; CANCRINI, F., DEL PLACE, C. y MARENGO, S. M., *L'evergetismo nella Regio V (Picenum)*, Picus, Supplementi VIII, Tívoli, 2001, pp. 36-37; GOFFIN, B., *Evergetismus in oberitalien*, Bonn, 2002, pp. 217-246; ZERBINI, L., *Pecunia sua. Munificenza privata ed utilità pubblica nelle città romane delle regioni IX ed XI*, Rubbettino, 2008, pp. 89-97.

81. JACQUES, F., *Le privilège de liberté...*, pp. 719-722 y 744-745.